

SOBRE LA COMUNIDAD EUROPEA DE DEFENSA (C. E. D.)

DESDE los primeros pasos por el Conde Coundehove Kalergi en el camino de la ansiada unidad de Europa hasta el momento presente, toneladas de tinta se han consumido tratando tan interesante tema, a la vez que multitud de intentos en el campo de la política internacional y de la diplomacia se han malogrado frente a las dificultades de todo orden de que está erizada esa construcción, en cierto modo supraestatal y por eso mismo en pugna abierta con las viejas concepciones de soberanías puras tal vez inadecuadas e inoperantes para resolver los gravísimos y extensos conflictos modernos que no afectan ya a dos o más estados solamente sino a la universalidad del mundo entero.

Ya bien entrado el siglo actual, un francés, Gastón Riou, publicó un libro «Europe, ma patrie» en el que abogaba, anticipándose a la actual realidad internacional, por una unión en la que había de prescindirse de Rusia como potencia más asiática que europea en sus características raciales, políticas y culturales y también de Inglaterra por sentirse ella misma algo aparte del continente y ligada en cambio muy estrechamente a todos los países más allá de los mares hoy constitutivos de la Commonwealth.

Su visión en cierto modo ha resultado profética pues ni Inglaterra quiere integrarse francamente en esa comunidad europea según lo expresó Mr. Edem al rechazar toda paridad de obligaciones con otros países del continente porque esta repugnancia estaba—dijo—«en nuestra sangre y en nuestros huesos», ni Rusia, como han demostrado los acontecimientos post-bélicos, puede ser considerada una defensa de Europa sino que por el contrario muéstrase como su más terrible enemiga.

Lo que no podía imaginarse el citado autor es que todo el entusiasmo, la iniciativa, la firme voluntad de crear ese organismo superestatal, y hasta la financiación de tan alta empresa, hubiera de producirse en un país no europeo, en los Estados Unidos de América. Y que en cambio todas las dificultades, reticencias, suspicacias y resistencias a la colaboración procediesen de los mismos países en cuyo favor se idearan esos Estados Unidos de Europa como medio de aunar todas las fuerzas necesarias para defender, llegado el caso, su propia vida y los que deben ser imperecederos valores de nuestra civilización cristiana occidental.

La contemplación del panorama internacional a este respecto no es ciertamente muy alentadora aún reconociendo las importantes aportaciones que significan el pacto Atlántico, el tratado de la Comunidad del Carbón y el Acero, y posteriormente el tratado de la Comunidad Europea de Defensa (C. E. D.)

El caballo de batalla fué desde el primer momento y sigue siendo—por la oposición de Francia—la participación de Alemania con igualdad de derecho, considerada por Estados Unidos como la piedra angular de toda construcción eficazmente defensiva.

En la «Chronique de Politique Etrangère», Bruselas, se recoge bajo el epígrafe «Activités dans le cadre du Pacte de l'Atlantique Nord», las terminantes declaraciones del presidente electo de los E. E. U. U. general Eisenhower cuando sólo era candidato, quien en su informe a la N. A. T. O. destacaba como puntos principales la necesidad de una estrecha cooperación Europea y la urgencia ineludible del concurso alemán sin el cual todo intento contra Rusia será inútil.

Pero desde la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa en Estrasburgo celebrada en Agosto de 1950 en que el representante francés Philip sostuvo que en ningún caso el ejército alemán debiera ser reconstituido, el posible rearme de Alemania es motivo de preocupación constante para los estadistas de la vecina república.

Temen un nuevo resurgimiento alemán y con él una posible hegemonía germánica en detrimento de Francia y hasta de la misma Europa. Y ahora cuando el Tratado de la Comunidad Europea de Defensa va a ser presentado a las Cámaras es interesante comprobar cómo se trata de influir en su ánimo señalando esos reales o imaginarios peligros.

No creemos que nada pueda reflejar más exactamente el pensamiento francés que el extenso y concienzudo artículo que el número de primero de Noviembre de la *Revue des Deux Mondes* publica Philippe Barrés bajo el título «Europe» o «Atlantique». En él se muestra enemigo de una Europa unificada y partidario de una simple inteligencia entre los signatarios del Pacto Atlántico.

Las conclusiones a que llega expresan bien elocuentemente cuán difícil ha de ser conseguir la unión europea a base de un entendimiento entre Alemania y Francia. De ellas entresacamos estas tres principales:

- 1.º—No hacer la Europa integrada ni ninguna Europa.
- 2.º—Aplazar el rearme Alemán, sin dejar de negociar con Alemania, pero llevando las negociaciones del terreno europeo al de una eventual participación en el Pacto Atlántico y sus prolongaciones.
- 3.º—Arreglar los programas de rearme de las potencias occidentales de manera de poder evitarse durante dos años el recurrir a los efectivos alemanes.

¿A qué seguir? Si la tan decantada unidad de Europa ha de quedar reducida a una eventual coincidencia sobre ciertos puntos de vista conservando cada país plena libertad de acción para obrar como más le acomode en cada caso, eso será cualquier cosa menos el organismo supraestatal que se busca y con tanto tesón defienden los verdaderamente conscientes del peligro que amenaza por Oriente.

Como dice Camilo Barcia Trelles en «El ayer, el hoy y el mañana internacionales» en la *Revista de Estudios Políticos*, aún pesa

exageradamente sobre ciertos sectores del mundo pensante europeo la denominada nostalgia de las soberanías integrales y la sedicente municipalización del Viejo Mundo todavía proyecta su nefasta influencia.

¿No podrá Europa ayudada por Norteamérica replegarse sobre sí misma para con nuevos bríos conservar en sus manos la antorcha de la civilización que hasta ahora alumbró al mundo? ¿Habrán de cumplirse los pesimistas pronósticos de Spengler en su «Decadencia de Occidente»? ¿Acertará Max Scheler (*Sociología del saber*) cuando dice que jamás recuperará la Europa continental aquel puesto de *pionnier absoluto* y dominante de la civilización universal que ocupó en la época de coyunturas de política y de economía mundiales excepcionalmente favorables en la historia universal que fué la última era anterior a la guerra?

Esperemos que nada de esto ocurra, y que el sentido de la grave y altísima responsabilidad que contraen en estos momentos cruciales de la historia de la civilización, robustezca en los estadistas europeos y americanos el firme propósito de forjar el inquebrantable instrumento defensivo que haga ilusorio cualquier ataque a nuestros más queridos valores que hasta ahora han venido sosteniendo nuestra civilización cristiana occidental.

LUIS RODRIGUEZ-ARIAS



Lea Ud.

« ALCÁNTARA »

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir, dentro y fuera de nuestra región, las letras extremeñas.